

EL CLAMOR

PERIÓDICO ADMINISTRATIVO, CIENTÍFICO, LITERARIO Y ORGANO DEL PARTIDO REPUBLICANO DE LA PROVINCIA

FUNDADOR: FRANCISCO GONZÁLEZ OJERMA

FRANQUEO CONCERTADO

AÑO 42

Redacción y Administración,
Calle Ruiz Zorrilla, núm. 2.—Teléfono núm. 15.

SABADO 26 DE FEBRERO DE 1920
CASTELLÓN

Toda la correspondencia se dirigirá a la Ad-
ministración.

Núm. 4831

En crisis permanente

A pesar de los votos de confianza, de la confianza dada por don Alfonso y de la satisfacción que experimenta por ello el gobierno, sigue la crisis, la crisis permanente que difícilmente resolverá nadie, si no hay abnegación, cosa difícil en los hombres que dirigen las faenas del régimen.

En contados días el gabinete Allendessalazar se ha declarado en crisis dos veces y dejado expedito el camino para plantear otras tantas, sin haber resuelto de verdad las anteriores.

Las oligarquías políticas han precipitado la agonía del régimen, llevando a la patria por los senderos que nos han de llevar al caos. Ha dicho Lerroux con su alto sentido de la realidad, que todas las malas voluntades se conjuran, en daño de la patria, para cerrar el paso a los que significan un valor infinito para la Nación. El sacrificio que esto significa es un escarnio a los intereses nacionales que no puede prevalecer. Si existe una esperanza para la patria, encarnada en las izquierdas, no puede subsistir que se las sacrifique, para continuar el sistema de interinidades que detiene la vida nacional en provecho de aquellas oligarquías, cuya existencia es una constante amenaza a la vida del país.

Ya se vislumbra para después de este gabinete interino, un nuevo gobierno de concentración liberal-conservador, con la colaboración de Cierva y otros desacreditados políticos, para ir tirando a expensas de los futuros presupuestos de ruina nacional y esperar mejores tiempos en que, libre la monarquía de preocupación, que erróneamente cree que desaparecerá, pueda llamar al poder exclusivamente a los hombres de la derecha reaccionaria a fin de que impongan sus precedimientos tiránicos; únicos que equivocadamente se supone fructíferos para el régimen.

Equivocación esta que acabará más pronto con el régimen, sino acaba antes con la nación. Ni estos, ni futuros tiempos son de derechos y menos de derechas retrógradas y reaccionarias. Las corrientes son de libertad y progreso y hay del que se oponga a su avance!

La solución de esta crisis permanente no puede venir más que por una inclinación clara y definida hacia las extremas izquierdas, con hombres capaces de implantar cuantas reformas sociales y políticas exigen los momentos actuales, sin cuyas reformas irá todo al traste, dejándolo hasta imposible para los partidos antimonárquicos que son hasta hoy la única esperanza del país.

No hacer esto, será continuar la crisis todavía no solucionada desde que comenzó la guerra, prorrogar la agonía nacional y laborar en la anarquía que es dueña ya de la mayor parte de nuestras ciudades.

Ténganlo en cuenta quienes disponen de los destinos del país y no se lamenten después de las consecuencias que si bien a todos, culpables y no culpables, alcanzarán, serán mayores para los que nos llevan a este vergonzoso y funesto estado de cosas.

LA INTERNACIONAL DE ARRIBA

Y LA INTERNACIONAL DE ABAJO

«Los hombres políticos y los hombres prácticos han empezado a sentir la influencia de los pensadores benéficos de todos los pueblos, que reuniendo su ciencia y su buena voluntad, forman con ellas un foco de luz y una fuente de derecho. A esta agrupación de elevadas inteligencias y nobles corazones de todos los países se a lo que llamamos la Internacional de Arriba».

A la Internacional de Arriba, cuyo nombre es un bálsamo de guerra, un grito de alarma, y que, según el que

le da, simboliza promesas y guerras o amenazas y terroríficas.

La primera puede representarse por dos extranjeros que se abrazan dando se el óculo por la segunda, por dos hombres vestidos de naciones diferentes que se abrazan dando se la fraternidad, se castran las manos empuñando con la et a un arma de combate.

En cuál de los dos más que elementos armados; es el más de los dos: el de dentro de sí mismos de paz y de guerra, el odio de clase y el amor a la humanidad; le llamamos la Internacional de Arriba, porque su nivel moral es inferior, no por que sea la posición social de los que la forman; se comprende la diferencia de elementos de esta bis por la de origen.

La fraternidad universal de arriba

se va realizando en la atmósfera a serena de los elevados ideales y puros sentimientos por los que tienen medios de pensar y posibilidad de comprender, no estando abrumados bajo el infortunio; la fraternidad de abajo nace en la región tempestuosa de la ignorancia y el sufrimiento, y se forma por hombres que apenas pueden poner en común otra cosa que preocupaciones y dolores.

Nada tiene, pues, de extraño que la una parezca serena, placida, justa, amorosa; y la otra, agitada, injusta y llena de rencores.

En la Internacional de abajo no se ha visto más que uno de sus elementos: hay que estudiar los dos, y combatir la furia del odio que la agita, con los gérmenes de amor que lleva en su seno.

Un inglés y un ruso, un francés y un alemán, vestidos de uniformes, «centregimentados», se aborrecen, se combaten; vestidos con una blusa y «socializados», se abrazan, se aman; el hecho es tan nuevo como extraordinario; su esencia, inmensa; el bien que encierra, infinito; solamente que no ha podido percibirse como se notan las bellezas de un paisaje envuelto en una nube tempestuosa.

Para que semejante bien, que está en germen, se realice, es preciso que el operario belga y el español se amen no por que son «cohereros», sino porque son «hombres»; que la asociación sea en «favor», suyo y no «contra nadie», que las simpatías por el extranjero se libren de las impurezas del odio a los competidores.

Esta transformación no es fácil, pero es posible y necesaria.

Concepción Arenal.

LAS GRANDES FORTUNAS

En un artículo publicado por la «Vita Internacional» sobre el famoso multimillonario Carnegie, muerto este año, se recuerda entre muchos episodios y conocimientos de su vida, el curioso cálculo hecho por el periodista logés Stead, sobre la riqueza del Creso transatlántico. «Es un hombre—escribió Stead, en 1901—de sesenta y siete años. Supongamos que viva trece años más (como se ve, no se equivocó mucho) y muera a los ochenta años. Aun reservando la modesta suma de 625 millones, le quedarán para gastarlos cerca de 1.300 millones, o sea 100 millones al año hasta 1914. Cien millones son una bella renta. Si Carnegie diera un cheque de cinco libras esterlinas por minuto a cada uno que se le pidiera, al final del año, su dinero que no hubiese disminuido un instante ni de día ni de noche, habría gastado 65 millones y le quedarían 35. Teniendo en cuenta los intereses, en los trece años de vida que se le pueden presumir, Carnegie, para expender la cantidad indicada, tendría que dar 200 pesos a por minutos, sin cesar ni de día ni de noche y aun le quedarían 625 millones para dejarlos a sus herederos.

Carnegie ha vivido más y no ha dado todos esos cheques. Pero se calcula que si morir habría gastado en cheques de beneficencia 2.500 millones, quedándole un poco más de los 625 millones para sus herederos.

LA CIUDAD

La primera y más sencilla sociedad política es la ciudad, el pueblo: «civitas».

La ciudad es un grupo de familias que creó la necesidad y la comodidad del cambio. Constituyó en su principio un todo completo e independiente. Es una evolución en pequeño. Tiene su culto, sus leyes, su Gobierno, su Administración, sus Tribunales, su Hacienda, su Ejército; tiene su organismo, su Estrado. Así nos dice la razón que debieron ser las primeras ciudades del mundo, y así nos dice la historia que fueron las que siglos antes de Jesucristo ocupaban gran parte de Europa, las costas de África y aun el Occidente de Asia. No fueron sólo Grecia y Roma las ciudades más antiguas; lo fueron las de Egipto, el antiguo Egipto, las de Grecia y Siria.

Es verdad que en los más apartados tiempos históricos vivimos ya en Asia, vestidos y pederemos monarquías de que las ciudades no son más que insignificantes aldeas; pero no o es meses que desconocemos por completo cómo se formaron y crecieron. La historia no ha podido recogerlos. Los siglos del afribo, de la escritura y de haber llegado la humanidad a un grado tal de civilización, que se sintiera la necesidad de buscar en lo pasado la norma de lo presente y conservar lo presente para guía de lo futuro; y allí en Asia, cuna de nuestra especie, hubieron de experimentar los pueblos las mudanzas y tentativas revolucionarias antes no pudiera la historia recogerlas. Lo cierto es que desde que la historia ha podido seguir período por período la formación y el desarrollo de los imperios, ha visto ante todo la nación en las ciudades, ya se tratase de pueblos en los, ya de pueblos bárbaros.

Enfórmense las ciudades en conservar su autonomía aun después de incorporadas por la violencia a otras naciones; y allí, después de siglos, cuando se extendió el feudalismo del uno al otro ámbito de Europa y tras la guerra de las cruzadas, se decidieron los pueblos a acudir tan vergonzoso yugo, se alzaron, según hemos visto, a reconquistar como si la hubiesen perdido ayer y no hubiesen podido olvidar por el transcurso del tiempo su origen. Autótonas fueron entonces las de casi toda Europa. Aun bajo la sombra y la autoridad de los reyes gozaban todos de verdadera independencia. Les hubo, sobre todo entre los marítimos, que no florecieron ni dejaron menos rastro de gloria que las de la antigua Grecia.

Aun hoy, después de constituidas las grandes naciones, hay ciudades autótonas que se levantan como una protesta contra la servidumbre de las otras. Libres son todavía en Alemania

las de Lübeck, Hamburgo y Bremen; libre era hace diez años la de Fresno, en otro tiempo capital del Imperio. Tienen asimismo estas ciudades su Gobierno propio, su Cuerpo Legislativo, su Senado, sus Burgomestres, sus ayuntamientos, sus buques de guerra.

¿Dejan de aspirar las demás por su autonomía? Pagan todas por arrancar derechos al Estado de que dependen. Se han constituido las de la República de Washington, principalmente las del Norte. Gran de grandes facultades en Inglaterra. Las ciudades de Rusia apenas están unidas al Imperio más que por el culto y el servicio de las armas. Aquí en España se sube en el año 1840, porque se quiso obviar la Coana la libertad de los brazos a sus aldeas. En Francia, en la centralizadora Francia, había perdido la de París bajo Napoleón III sus franquicias municipales, e hizo por conquistar su autonomía la revolución (comenzó en 1871) la más anárquica que registran los anales del siglo. París entonces perdió, no sólo por su independencia, sino también por la de todas las ciudades de la República.

La ciudad es la sociedad política por excelencia, y no se resigna jamás a ser esclava. Bajo todas las formas de Gobierno, aun bajo la del absolutismo, pretende gobernarse por sí como en los primeros tiempos. Le rugan las autoridades extranjeras; no se sienten bien sino al calor de sus costumbres y a la sombra de sus magníficos. Desean ser, brillar, sobresalir, y no quiere que nadie la coarte, ni aun a título de protección.

Le basta para todos sus propios hijos, que la aman como a ningún otro grupo. Estos, como no habían de morir? En ella se crio su cuna, y en ella está el sepulcro de sus mayores. En ella desarrolló sus facultades de su cuerpo y de su espíritu. En ella, al salir del seno de sus familias, se sintieron hombres y entraron en la vida pública. En ella concibieron y despertaron los más dulces afectos y contrajeron los más santos vínculos. En ella está el centro de sus almas, la verdadera patria.

En ella serán, o no dudarlo, las demás colectividades políticas: ninguna tan real como la ciudad a los ojos de todos los gentes. En una, indivisible, definida, concreta. Se la ve, se la palpa, y no parece sino que en ella hasta las ideas más vagas toman vida y cuerpo. La idea de Estado, la misma idea de patria, dejan de ser en la ciudad meras abstracciones.

F. Pi y Suñer.

(De «Las Nacionalidades».)

Tarifas ferroviarias

Relación de los senadores y diputados que cobran de las compañías de ferrocarriles.

Compañía de Norte

Rodríguez Soto, Pedro.
Estanislao Uquijo.
Martín Zavala.
Vicente Alorrio Marín.
Conde de Brann.

Madrid, Zaragoza Alcantara

Barr.
Uquijo.
Dato.
Muquies de Santa María de Silvea.
Conde de San Luis.

Alvarado.
Juan Cervantes.
Duque de Benas.
García Prieto.

Andalucía

Leiglesia y Anas.
Marques de Santillana.
Francisco Burgamás.
Sampolá.

Langreo

Jorge Silvea.
García de la Mora Garza.
Madrid, Cáceres y Portugal

José Cort.
José Guisén Sol.
Estanislao Uquijo.
Javier de B. Cort.

Ferrocarriles del Sur
Valencia, Madrid.

EL CLAMOR

PERIÓDICO ADMINISTRATIVO, CIENTÍFICO, LITERARIO Y CERCADO DEL PARTIDO REPUBLICANO DE LA PROVINCIA

FUNDADOR: FRANCISCO GONZÁLEZ OJEREA

FRANQUEO CONCERTADO

AÑO 42

Redacción y Administración,
Calle Ruiz Zorrilla, núm. 2.—Teléfono núm. 15.

SABADO 26 DE FEBRERO DE 1920
CASTELLÓN

Toda la correspondencia se dirigirá a la Ad-
ministración.

Núm. 4831

En crisis permanente

A pesar de los votos de confianza, de la confianza dada por don Alfonso y de la satisfacción que experimenta por ello el gobierno, no sigue la crisis, la crisis permanente que difícilmente resolverá nadie, si no hay abnegación, cosa difícil en los hombres que dirigen las taifas del régimen.

En contados días el gabinete Allendessalazar se ha declarado en crisis dos veces y dejado expedito el camino para plantear otras tantas, sin haber resuelto de verdad las anteriores.

Las oligarquías políticas han precipitado la agonía del régimen, llevando a la patria por los senderos que nos han de llevar al caos. Ha dicho Lerroux con su alto sentido de la realidad, que todas las malas voluntades se conjuran, en daño de la patria, para cerrar el paso a los que significan un valor infinito para la Nación. El sacrificio que esto significa es un escarnio a los intereses nacionales que no puede prevalecer. Si existe una esperanza para la patria, encarnada en las izquierdas, no puede subsistir que se las sacrifique, para continuar el sistema de interinidades que detiene la vida nacional en provecho de aquellas oligarquías, cuya existencia es una constante amenaza a la vida del país.

Ya se vislumbra para después de este gabinete interino, un nuevo gobierno de concentración liberal-conservador, con la colaboración de Cierva y otros desacreditados políticos, para ir tirando a expensas de los futuros presupuestos de ruina nacional y esperar mejores tiempos en que, libre la monarquía de preocupación, que erróneamente cree que desaparecerá, pueda llamar al poder exclusivamente a los hombres de la derecha reaccionaria a fin de que impongan sus precedimientos tiránicos; únicos que equivocadamente se supone fructíferos para el régimen.

Equivocación esta que acabará más pronto con el régimen, sino acaba antes con la nación. Ni estos, ni futuros tiempos son de derechos y menos de derechas retrógradas y reaccionarias. Las corrientes son de libertad y progreso y hay del que se oponga a su avance.

La solución de esta crisis permanente no puede venir más que por una inclinación clara y definida hacia las extremas izquierdas, con hombres capaces de implantar cuantas reformas sociales y políticas exigen los momentos actuales, sin cuyas reformas irá todo al traste, dejándolo hasta imposible para los partidos antimonárquicos que son hasta hoy la única esperanza del país.

No hacer esto, será continuar la crisis todavía no solucionada desde que comenzó la guerra, prorrogar la agonía nacional y laborar en la anarquía que es dueña ya de la mayor parte de nuestras ciudades.

Ténganlo en cuenta quienes disponen de los destinos del país y no se lamenten después de las consecuencias que si bien a todos, culpables y no culpables, alcanzarán, serán mayores para los que nos llevan a este vergonzoso y funesto estado de cosas.

LA INTERNACIONAL DE ARRIBA

Y LA INTERNACIONAL DE ABAJO

Los hombres políticos y los hombres prácticos han empezado a sentir la influencia de los pensadores benéficos de todos los pueblos, que reuniendo su ciencia y su buena voluntad, forman con ellas un foco de luz y una fuente de derecho. A esta agrupación de elevadas inteligencias y nobles corazones de todos los países es a lo que llamamos la internacional de arriba.

A la izquierda, en cambio, se organiza la internacional de abajo, cuyo rumbo es un bálsamo de guerra, un grito de alarma, y que, según el que

se va realizando en la atmósfera serena de los elevados ideales y puros sentimientos por los que tienen medios de pensar y posibilidad de comprender, no estando abrumados bajo el infortunio; la fraternidad de abajo nace en la región tempestuosa de la ignorancia y el sufrimiento, y se forma por hombres que apenas pueden poner en común otra cosa que presunciones y dolores.

Nada tiene, pues, de extraño que la una se parezca a la otra, placida, justa, amorosa; y la otra, agitada, injusta y llena de rencores.

En la internacional de abajo se ve ha visto más que uno de sus elementos: hay que estudiar los dolores, y combatir la furia del odio que la agita, con los gérmenes de amor que lleva en su seno.

Un inglés y un ruso, un francés y un alemán, vestidos de uniformes, con "gorgoritos", se aborrecen, se combaten; vestidos con una blusa y "sociados", se abrazan, se aman; el hecho es tan nuevo como extraordinario; su silencio, inmenso; el bien que encierra, infinito; solamente que no ha podido percibirse como se notan las bellezas de un paisaje envuelto en una nube tempestuosa.

Pero que semejante bien, que está en germen, se realice, es preciso que el operario belga y el español se amen no porque son "cohereros", sino porque son "hombres"; que la asociación sea en favor, suyo y no "contra nadie", que las simpatías por el extranjero se levanten de las impurezas del odio a los compatriotas.

Esta transformación no es fácil, pero es posible y necesaria.

Concepción Arenal.

LAS GRANDES FORTUNAS

En un artículo publicado por la "Vita Internacional", sobre el famoso multimillonario Carnegie, muerto este año, se recuerda entre muchos episodios y conocidos de su vida, el curioso cálculo hecho por el periodista inglés Stead, sobre la riqueza del Creso transatlántico. «Es un hombre—escribía Stead, en 1901—de sesenta y siete años. Supongamos que viva treinta años más (como se ve, no se equivocó mucho) y muera a los ochenta años. Aun reservando la modesta suma de 625 millones, le quedarán para gastarlos cerca de 1.300 millones, o sea 100 millones al año hasta 1914. Cien millones son una bella renta. Si Carnegie diera un cheque de cinco libras esterlinas por minuto a cada uno que se le pidiera, al final del año, su patrimonio que no hubiese descendido un instante ni de diez ni de veinte, habría estado 65 millones y le quedarían 25. Teniendo en cuenta los intereses, en los treinta años de vida que se le pueden presumir, Carnegie, para expender la cantidad indicada, tendría que dar 200 pesetas por minutos, sin cesar ni de día ni de noche y aún le quedarían 625 millones para dejarlos a sus herederos.

Carnegie ha vivido más y no ha dado todos esos cheques. Pero se calcula que si morir habría gastado en obras de beneficencia 2.500 millones, que le dejaría un poco más de los 625 millones para sus herederos.

LA CIUDAD

La primera y más sencilla sociedad política es la ciudad, el pueblo: examinémosla.

La ciudad es un grupo de familias que creó la necesidad y la comodidad del cambio. Constituyó en su principio un todo completo e independiente. Es una araña en pequeño. Tiene su centro, sus leyes, su Gobierno, su Administración, sus Tribunales, su Hacienda, su Ejército; tiene su organismo, su Estrada. Así nos dice la razón que debieron ser las primeras ciudades del mundo, y así nos dicen la historia que fueron las que siglos antes de Jesucristo ocupaban gran parte de Europa, las costas de África y aun el Occidente de Asia. No fueron sólo Gortina y Roma las ciudades de entonces; lo fueron las de Grecia y las de Siria.

Es verdad que en los más apartados tiempos históricos vimos ya en Asia vestros y pedregales mones que de que las ciudades no son más que insignificantes alambres; pero no oímos meses que desconocemos por completo cómo se formaron y crecieron. La historia no ha podido averiguar desús del alfiler, de la escritura y de haber llegado la humanidad a un grado tal de civilización, que se sintiera la necesidad de buscar en lo pasado la norma de lo presente y conservar lo presente para guía de lo futuro; y allí en Asia, cuna de nuestra especie, hubieron de experimentar los pueblos tantas mudanzas y tantas revoluciones antes no pudiera la historia recogerlas. Lo cierto es que desde que la historia ha podido seguir período por período la formación y el desarrollo de los imperios, ha visto ante todo la nación en las ciudades, ya se tratase de pueblos en los, ya de pueblos bárbaros.

Esforzándose las ciudades en conservar su autonomía aun después de incorporadas por la violencia a otras naciones; y allí, después de siglos, cuando se extendía el feudalismo del uno al otro ámbito de Europa y tras la guerra de las cruzadas, se decidieron los pueblos a acudir tan vergonzoso yugo, se alzaron, según hemos visto, a reconquistar como si la hubiesen perdido ayer y no hubiesen podido olvidar por el transcurso del tiempo su origen. Autonomías fueron entonces las de casi toda Europa. Aun bajo la sombra y la autoridad de los reyes gozaban todas de verdadera independencia. Les hubo, sobre todo entre las marítimas, que no florecieron ni dejaron menos rastro de gloria que las de la antigua Grecia.

Aun hoy, después de constituidas las grandes naciones, hay ciudades autónomas que se levantan como una protesta contra la servidumbre de las otras. Libres son todavía en Alemania

las de Lübeck, Hamburgo y Bremen; libre era hace diez años la de Francofort, en otro tiempo capital del Imperio. Tienen autonomía estas ciudades su Gobierno propio, su Cuerpo Legislativo, su Senado, sus Burgomestres, sus ayuntamientos, sus buques de guerra.

¿Dejan de suspirar las demás por su autonomía? Pagarán todas por arrancarse derechos al Estado de que dependen. Se acordó así como las de la República de Washington, principalmente las del Norte. Giza a de grandes ciudades en Egipto. Las eslavas de Rusia apenas están unidas al Imperio más que por el culto y el servicio de las armas. Aquí en España se sublevaron el año 1840, porque se quiso obligar a Coos la libertad de comercio a sus aldeas. En Francia, en la centralizadora Francia, había predilección de París bajo Napoleón III sus franquicias municipales, e hizo por conquistar su autonomía la revolución (o su revolución) de 1871 la más anárquica que registra los anales del siglo. París entonces perdió, no sólo por su independencia, sino también por la de todas las ciudades de la República.

La ciudad es la sociedad política por excelencia, y no se resigna jamás a ser esclava. Bajo todas las formas de Gobierno, aun bajo la del absolutismo, pretende gobernarse por sí como en los primeros tiempos. Le rugen las autoridades extrínsecas; no se sienten bien sino al calor de sus costumbres y a la sombra de sus magisterios. Desean ser, brillar, sobresalir, y no quiere que nadie la coarte, ni aun a título de protección.

Le bastan para todos sus propios hijos, que la aman como a ningún otro grupo. Estos, como no habían de morir. En ella se crio su cuna, y en ella está el sepulcro de sus mayores. En ella desarrolló sus facultades de su cuerpo y de su espíritu. En ella, al salir del seno de sus familias, se hicieron hombres y entraron en la vida pública. En ella concibieron y despertaron los más dulces afectos y contrajeron los más santos vínculos. En ella está el centro de sus almas, la verdadera patria.

Reales serán, o no dudarlo, las demás colectividades políticas: ninguna tan real como la ciudad a los ojos de todas las gentes. Es una, indivisible, definida, concreta. Se la ve, se la palpa, y no parece sino que en ella hasta las ideas más vagas toman vida y cuerpo. La idea de Estado, la misma idea de patria, dejan de ser en la ciudad meras abstracciones.

F. Pi y Margall.

(De «Las Nacionalidades».)

Tarifas ferroviarias

Relación de los senadores y diputados que cobran de las compañías de ferrocarriles.

Compañía del Norte

Rodríguez S. y Pedraza,
Estanislao Uquijo,
Martín Zavala,
Vicente Alonso Martínez,
Conde de Berra.

Madrid, Zaragoza Alcantara

Berra,
Uquijo,
Dato,
Marqués de Santa María de Silveira,
Conde de San Luis.

Alvarado,
Juan Cervantes,
Duque de Baena,
García Prieto.

Andalucía

Leiglesia y Anset,
Marqués de Santillana,
Francisco Burgomestre,
Sampé.

Langreo

Jorge Silveira,
Germán de la Mora Gamazo,
Madrid, Caceres y Portugal

José Cort,
José Guirén Sol,
Estanislao Uquijo,
Javier de Berra.

Ferrocarriles del Sur
Vicente Margall.

